

ahora por moda se llaman ruinosas, que dejase de estar autorizada con el parecer y consulta del Consejo? Díganlo estos seis años últimos, y sobre todo díganlo los que han estado en candelero, los cuales veían, lo mismo que yo, que en cuanto el Consejo dejara de sostener la firmeza del Rey, no tardarian en volver á España los bribones de los liberales, afrancesados, framacosones y jansenistas. ¿Y no quiere vmd. que rabie yo y me descorsuele al ver que en un quitame allá esas pajas se hayan quedado todos esos pozos de ciencia sin otro influjo que la simpleza de administrar justicia? ¡Pobrecita Mesta, desgraciados hospicios, infelices montes y plantíos, tristes universidades! Ya os quedasteis sin tutor, sin protector, sin comisionado, sin conservador; ya podéis hacer cuanto se os antoje sin otra guía que la utilidad pública y privada. Ya tendréis que abatir á la voluntad de la nación y del Rey, mientras que hace pocos días podiais resistir impunemente á una y á otra.

Pero no pára aquí mi desdicha y aburrimiento; porque ha de saber vmd. que en empezando la ruina en una casa, ninguna pieza deja de resentirse y derribarse. Dígolo porque mi pobre mujer también ha experimentado entre los suyos tal cúmulo de desgracias y sinsabores, que la pobrecita no sé cómo ha podido comer estos días, y lo que más siento es que la cuidada está en cinta y estamos expuestos á un aborto. Cuando nos casamos fué su padrino un señor auditor de Rota, en cuya casa habia estado algun tiempo haciendo de doncella, y se supo ganar tanto la voluntad de su amo, que no habia fuerzas humanas que le arrancasen su aprobacion, hasta que conoció mi genio bondoso y pacífico, y yo le di palabra de que ella gobernaria la casa y cuidaria de su habitacion como siempre. No sólo me avine á ello con mucho gusto, sino que también consentí en que siguiera en la casa de noche mientras que yo me quedaba á cuidar de la que nos tomó y amuebló en las inmediaciones de la suya. Mientras que nos vivió su señoría, no nos faltó, bendito Dios, sino sarna que rascar, porque además de su sueldo, tenía dos dignidades y otras tantas canongías de las iglesias más pingües del reino, amén de cuatro prestameras y un beneficio simple, con que se ordenó. Componia una renta muy decente, y si él se hubiera quitado de dar tantos ochavos y cuartos á los pobres cuando entraba y salia del coche, á buen seguro que nos hubiera podido dejar con que fundar un mayorazgo. Pero al cabo de año y medio de esta buena vida, el pobre señor, de tanto leer y de tanto estudiar, se murió de una apoplejía, sin haber hecho testamento, y dejándonos por puertas y con la mujer preñada.

No nos quedó más arrimo que el de un tío suyo, agente de negocios, el cual empezó á enseñarme el modo de entretener las esperanzas de los sujetos que le escribian de las provincias, y á inventar gratificaciones y regalos para ciertos sujetos, á quienes nunca se debía nombrar, pero que tenían mucha mano en las secretarías y con los señores de la sala.

A otros se les hacian depositar gruesas cantidades para lograr un destino honradamente, v. gr., una canongía, una toga ó algun obispado de Indias. Pero también quiso la trampa que esto se nos acabase, porque habiendo emigrado á Cádiz el pariente la primera vez que plantearon esta maldita constitucion, conoció desde luego que por más que se hiciera, no podia ménos de acabarse esta chupandina, y así se dió prisa á recoger velas y á guardarse cuanto adquiria, dejándome á mí bailar el pelado y precisado á trabajar para ganar la torta.

Por último, hallamos arbitrio para introducirme con un fraile de muchas campanillas, que fué el que me proporcionó la plaza de secretario honorario del Santo Oficio. Este buen religioso, que no gustaba mucho de coro ni de recogimiento, pero que era aficionado á sonar y á ser tenido por hombre de pró, no encontrándose con fuerzas ni con caudal suficiente para escribir obras de teología ó de cánones ó de cosa perteneciente á su estado, se metió á político y á hombre de partido, y empezó á escribir folletos y sátiras, y á zaherir y calumniar á cuantos se presentaban por delante. Valiase de mí para poner en limpio sus borradores, y de cuando en cuando también me empleaba en escuchar conversaciones en algunos corros, las cuales luego salian á la luz pública en los periódicos, y aún en algunos sermones que predicaba su reverencia. No tardaron en olerlos el poste, y nos vimos precisados, por el bien de la paz, á mudar el campo y trasladarnos á un pueblo de Castilla, donde se hallaban los franceses. Él, yo no sé cómo se compuso, que en pocos días logró ser redactor de gacetas de uno de aquellos gobiernos, en las cuales ponía como cosa de pascua á los patriotas y al Rey, que estaba entonces prisionero. Yo, bajo sus auspicios, me ingeniaba para vivir, ayudándole á desempeñar cierto encargo delicado que tenía por la policía. Aseguro á vmd. que no nos fué del todo mal durante aquella temporada; pero nos duró muy poco, porque como los franceses tuvieron que retirarse por fuerza, nosotros les hicimos una cortesía y nos colamos en Madrid á esperar el aspecto que tomarian las cosas.

Por fortuna no tardó en llegar el Rey, acompañado de aquellos grandes hombres que vmd. conoce, y sin tardanza alguna se les presentó mi reverendo protector á ofrecerles su pluma y sus pulmones para dar una carda bien merecida á los que habian quedado debajo, fuesen del partido que fuesen. Compuso un libro entero de dictorios y de injurias, que le aseguro á vmd. que en mi vida habia yo oido tales y tantas como me dió á copiar su reverendísima. Empezaron á llover honores y pesos duros sobre su santo hábito, y yo pude empinar mi puchera decentemente con lo que él la daba á mi mujer y lo poquito que yo añadía; él echó coche, y yo me hice capa y casaca nueva á costa de la reputacion de los ausentes; y por último, nos hicimos tan visibles uno y otro, que casi no se hablaba de otra cosa que de darle á él una mitra, y á mí un destino lucroso. Pero quiso la desgracia, ó por mejor decir el diablo,

que nunca duerme, que sin saber por dónde ni por dónde no, un varon respetable, á quien habiamos calumniado atrocemente, y que, para nuestro entender, se debia haber muerto de pesadumbre, segun lo viejo y lo pobre que se hallaba, no sólo no se murió, sino que tomó la pluma, y con un estilo medio jocosos y medio grave sacó á la plaza todas las travesuras de mi fraile. No se contentó con repeler injuria con injuria, sino que presentó documentos irrecusables de su prevaricacion, de su espionaje, de su impiedad, y de su inconstancia y ligereza en todos los partidos.

Desde entonces acá no hemos tenido otro recurso que andar medio escondidos, porque todos dieron en aborrecernos y en burlarse de nosotros. Por fin, él ha estado gozando de una buena pera, porque cobraba su sueldo, sus propinas, y tenía segura la pitanza en el convento; pero yo no he tenido más que piojos y mi venera, y lo peor de todo es que cada día tengo ménos ganas de trabajar. Considere vmd., pues, si podré dejar de maldecir toda mi vida la Constitution y á cuantos la han querido, pues ella es la causa de que se acabén tantos recursos como habia para vivir á costa ajena. Pero me consuela la esperanza de que, ya que por ahora no podemos resistir al deseo general, hemos de intrigar y desacreditar tanto á cuantos cooperen por la patria, que al fin y al cabo han de tener que darnos algo para que calleemos. En el entretanto vea vmd. si me puede conseguir algunas limosnas de misas, que irá diciéndolo á toda prisa mi padre protector, y yo no dejaré de ayudárselas. Queda de vmd. afectísimo.—EL LAMENTADOR.

CARTA II.

RESPUESTA DE DON SERVANDO MAZCULLA Á LOS LAMENTOS POLÍTICOS DEL POBRECITO HOLGAZAN (1).

Muy señor mio: No se me viene vmd. con mala jácara, ni con pequeños clamores, en su malhadada carta, que acabo de recibir. ¿Cuándo, ni por dónde, ha soñado vmd. que yo tenga limosnas de misas, ni que en caso de tenerlas se las habia de encargar al fraile, su protector y amigote? ¿Piensa vmd., acaso, que aquí estamos para tirar el dinero, ó que nos falta mujer preñada y chiquillos llorones, que pidan pan á todas horas? ¡Ay señor lamentador, y cuán poco está vmd. en lo cierto de lo que pasa en este mundo miserable! Vmd. me cuenta sus presentes desdichas, sus esperanzas malogradas, sus cálculos fallidos, y su desesperacion por el actual estado de cosas; pero no considera que, al fin y al postre, se halla en esa córte, donde, segun dice todo el mundo, hay recursos á montones para sacar un hombre su pitanza. Por decontado ya cuenta vmd. con una

(1) Ha dado la extraordinaria casualidad de que, habiéndose dirigido la primera carta del *Lamentador* al imaginario personaje don Servando Mazorra, se hallan en esta córte algunos sujetos, muy estimables, que tienen este mismo apellido, y el autor se apresura á variarles, por insinuacion de uno de ellos, como que ni desea ni se cree autorizado para poner en ridículo ningun apellido conocido.

casa á su disposicion, en caso que le duela la cabeza. Ese gran hospital general basta para ensanchar el ánimo al mismo Licenciado Vidriera; vale más lo que en él se desperdicia que lo que se aprovecha en otros, y con sólo que vmd. logre una ligera recomendacion para alguno de los señores mandones, no necesita ya matarse para asegurar la puchera por mucho tiempo. ¿Qué diria vmd. de mí, si yo le contára los motivos que tengo, superiores á los de vmd., para maldecir la Constitution?

Vdm. sabe muy bien lo que es este pueblo, y lo bien que me iba probando el bufete que abrí dos años há, bajo los auspicios del señor don Venancio, el alcalde mayor. Ambós la corrimos juntos en Salamanca, siendo fámulos, el uno del colegio de San Bartolomé, y el otro del colegio de Alcántara. Verdad es que ninguno de los dos ganamos la certificacion los tres años últimos, porque, además de ser ambos aficionados á divertirnos y á concurrir á las casas de truco, era tanta la ocupacion que nos daban nuestros amos, que apenas nos quedaba tiempo para rascarnos, cuanto más para estudiar la conferencia. Como uno y otro señor tiraban para canónigos ó para togados, no podian prescindir de tomar el chocolate muy tarde, ponerse los vestidos muy limpios y los zapatos muy relucientes, ir á la tertulia hasta media noche, y dar la leccion de violin. El colegio les pasaba lo bastante, y como toda la comunidad se componia de tres señores colegiales, ¿en qué mejor se habian de emplear las rentas que en dar una educacion fina á mi señorito? El amo de don Venancio, como era señor cruzado, y estaba seguro de que por su antigüedad habia de tener un buen priorato, ni necesitaba estudiar, ni jamas se metió en tonterías de esa especie. Lo cierto es que lo pasábamos grandemente amos y criados, y que tuvimos maña para sacar certificaciones fingidas, con las que nos fuimos á graduar de bachilleres á Ávila, y emprendimos nuestra pasantía.

Yo, aunque no sé mucho, que digamos, tengo cierta travesura genial, que lo que á mí se me escape no lo han de alcanzar otros más guapos. El alcalde, ya se ve, más queria despachar conmigo que no con el otro abogado de aquí, que es un pobre hombre, y no tiene aficion al oficio. Con cuatro palabritas blandas hace que se den la mano los litigantes, y se deja perder los mejores negocios. A mí nunca me ha gustado eso, sino que quiero que todo se saque á punta de lanza, y que luzca el ingenio de los letrados. Ya teniamos asuntos entre el alcalde mayor y yo para consumir muchas resmas de papel sellado, y no que ahora, con esa pamplina de los juicios de paz que han de hacer los alcaldes constitucionales, se van á disminuir la mitad de los pleitos por lo menos. Ya he despedido á un escribiente, y dentro de poco tendré que cerrar el oficio.

Pues no digo nada con los sorteos; verá vmd. ahora cómo nos sacan á cuantos mozos haya sanos y robustos, sin considerar la justa distincion que debe hacerse entre los que se han criado con cierta

delicadeza y melindre, y los que desde chiquititos han estado destripando terrones. Antes, á lo ménos, se hacia el sorteo como era regular, porque nadie se metia en escribir y sacar las cédulas sino el escribano y yo, y cuando más, más, el señor oficial que venia con la comision. El cirujano era de nuestra pandilla, y sabiamos hacer potroso al señorito más pintiparado del lugar; todo el mundo se acomodaba con su suerte, y el que chillaba le soplábamos en el calabozo con la peana del alma. Hoy en dia empezarán con la igualdad á vueltas, y con que tan bueno es uno como otro, y con que tan apreciable es para la patria la sangre del humilde labrador como la del rico mayorazgo, y otras majaderias de este jaez. El alcalde que han nombrado los vecinos es un pobre bragazas, que piensa que la Constitucion se ha de entender al pié de la letra, y no habrá demonios que le hagan entrar en el *qui pro quo* que debe haber en todo. En una palabra, empiezo á estar tan desairado, que ya nadie del pueblo se quiere pasear conmigo, sino mi compadre, el teniente del resguardo, que es un valiente campechano.

Éste sí que es hombre que pierde más él solo que todos nosotros juntos. ¿Sabe vmd. la perita que era en un pueblo de carrera, como éste, la tenencia de resguardo? Pues sepa vmd., si no lo sabe, que él era el amo del pueblo, y que ni la justicia, ni el cura, ni lo que es más el administrador del Duque, podian tenérselas tiesas, porque la noche ménos pensada, sin tener que dar cuenta á nadie y sin andar con prevenciones ni con recados políticos, cogia su ronda, cercaba la casa que le parecia, y se colaba dentro, á registrarla desde la bodega hasta el tejado. ¡Triste del dueño de ella como se encontrára media libra de tabaco ó algun pafuelo de muselina! Allí era ver la sarracina que se armaba, y con muchísima razon, porque la Real Hacienda es lo primero. No faltaba más, sino que todo el mundo defraudase los intereses de S. M. Mi compadre ya lo tenia dicho, que como alguno no contára con él, tarde ó temprano se la habia de pagar. Apuradamente lo mismo le importaba á él enviar la mitad del lugar á un presidio que beberse un vaso de vino: lo ménos siete familias se han quedado en la calle de resultas de un contrabando, que cogió con mucha mafia, en casa de Manuel el Miliciano. Ya se ve, mi compadre las sabe todas, y no es fácil que nadie se la pegue: él fué contrabandista muchos años en la costa de Málaga, donde nació; tuvo lances muy ruidosos con las partidas, que le desaviaron dos ó tres veces; perdió las cargas, y le fué preciso pedir limosna con el trabuco á algunos pasajeros. Despues se arrepintió del oficio, y aprovechándose de un indulto que salió en favor de los malhechores, logró una plaza de guarda, y por sus méritos ha subido á lo que es. Pero, en medio de eso, es muy caritativo: con tal que los traficantes le den á él la tercera parte de las ganancias, maldito si se mete con ellos, aunque introduzcan más algodón que hay en Inglaterra, ni todo el tabaco del Brasil. Él quiere que todo

el mundo viva, y para mayor seguridad los va él mismo escoltando, de noche, con tres ó cuatro dependientes, y les planta su guía en la mano, como si tal cosa. De esta manera, no sólo tiene su casa muy provista, sino que cuando algun amigo necesita una pieza de mahon, ó cosa así, en diciéndoselo á mi compadre él se la proporciona más barata que en las tiendas, y con decir que le tocó de un decomiso, vaya vmd. á que le reconvenzan. Ahora yo no sé cómo se compondrá, porque como la Constitucion va á echar abajo todas estas cosas, él no tendrá más remedio que meterse á jugar al monte, que lo hace de perlas. Bien es verdad que, segun me ha dicho, él va á ver cómo arma una contrarevolucion, para la cual ya tiene de su parte á los guardas, y yo le he dicho que cuente conmigo y con el padre predicador cuaresmal.

Este religioso hace ya cuatro años que tiene arrendado el púlpito con su padre guardian, y sin embargo de que éste le hace pagar 100 ducados para el convento, con todo y con eso saca él más de un triplo para sus necesidades religiosas. Por de contado la posada no le cuesta ni un maravedí, porque viene á parar á casa del síndico, que es suegro del escribano, y le tratan como á cuerpo de rey. Luégo pone unos carteles llamando á penitencia á todos los pecadores, y ofreciendo confesar con mayor preferencia á los más desalmados y reacios. Las mujeres ancianas se despepitan por ir á confesarse con el padre misionero, y como él las oye con tanta caridad, y las da tantas doctrinas para quitar los escrúpulos, ellas tambien se portan con él como es debido. La fanega de trigo, ó la media arroba de chocolate, ó la docenita de pafue- los oscuros no hay quien las quite. ¿Pues qué dirémos cuando saca el Cristo, y despues de haber hecho moquear á la gente les encarga á todos que no dejen de echar alguna limosna en la bandeja que está á la puerta, para socorrer una necesidad oculta? Allí es llover cuartos y pesetas, y el vaciarse y volverse á llenar como cajoncillo de taberna. Le aseguro á vmd. que este padre saca mucho fruto del pueblo, y que el pueblo pudo sacar tambien mucho fruto de él, porque si le hubieran creído desde los principios, no hubiera llegado el triste caso en que nos hallamos. ¿Le parece á vmd. que él no tenia ya noticias de lo que pasaba en la isla, y que no se desgañaba por hacernos ver palpablemente la necesidad de salir contra ellos? En mi vida he visto hombre más fuera de sí que cuando llegó la noticia de la jura de la Constitucion: yo pensé que la iglesia se venia abajo y que todo el infierno subia á ser testigo de las amenazas y pronósticos que nos hizo. Se despidió despues del pueblo, diciendo que ya en adelante no teniamos que esperar perdon de Dios, por haber renunciado al cristianismo, y que tuviésemos entendido que lo mismo es constitucion que herejía, y lo mismo libertad que iniquidad; y que así, miéntras que no supiera que todos en masa nos levantá- bamos para acabar con los liberales, no teniamos que

contar con sus oraciones ni con las de su convento. Con esto, y con vender el trigo de las limosnas, y con cargar tres pollinos de costales y de alforjas, se fué á mortificar estas pascuas á casa de la comadre que tiene en la aldea inmediata.

Figúrese vmd. cómo nos habrémos quedado el alcalde mayor, el administrador del Duque, el teniente, el escribano, el recetor y yo, que somos los únicos que conocemos la mucha razon que tiene el padre predicador. Cada uno, por nuestra parte, hemos jurado no descansar hasta que demos en tierra con estas novedades. El administrador ya ha recibido órden de su amo para quitar las tierras á todos los vecinos pobres, á fin de que griten y clamen contra las cosas del dia, y no tengan á quien echar la culpa del estado en que quedan, sino á la Constitucion; él, por su parte, apurará ahora con doble fuerza á los renteros, para que sientan lo duro que es eso de respetar la propiedad ajena. El recetor, que habia venido al cobro de ciertas cantidades atrasadas, va á aprovecharse estos dias para vender las mantas y las sartenes á los miserables que no han podido pagar. El alcalde y yo nos hemos de dedicar á hacer burla de cuantos vayan á los juicios verbales, y les harémos ver que el que no pleitea no se sale con la suya, y que es una mala vergüenza estar al parecer de un palurdo constitucional.

Entre tanto, me ha de hacer vmd. el favor de verse con el procurador de este pueblo, que ya sabe su casa y le ha de decir de mi parte, que vea el modo de hacer perdidizos los expedientes que le envié el año pasado, relativos al Pósito. Porque como antiguamente las cuentas iban al Consejo para su aprobacion, y luégo á la Superintendencia general, puede que ahora pongan algunos reparillos tontos estos regidores nuevos, y ya vmd. ve que no es lo mismo entenderse con ellos, cara á cara, que acudir á la córte. Digan lo que quieran, esos señores de Madrid tienen el pecho más ancho que los lugareños, y no exigian que todo saliese pié con bola, como estos cicateros. Vea vmd. qué le harán á un pueblo 30 ó 40.000 reales más ó ménos, cuando con eso se tiene contentos á los señores de Madrid, que son los que los han de sacar de apuros. Éstos de ahora son capaces de intentar no sólo que la data venga exactamente con el cargo, sino tambien ver por sus ojos el destino que se ha dado á cada partida. Sobre que de la menor bagatela quieren que se dé cuenta al público, y bajo pretexto de que ellos son los que lo pagan, quieren que se les dé noticia de su inversion. Hay hombre tan minucioso y tan ridículo entre ellos, que se ha puesto á sacar una cuenta, por la cual resulta que, con lo que hemos enviado al procurador de Madrid en estos seis últimos años, se podia haber hecho una fuente en la Plaza y un arbolado en el paseo público. Mire vmd. el señor convenienzudo con las simplezas que se nos viene.... Si quiere beber agua, que se vaya al rio, y si quiere árboles, que los busque en el monte.

EPIST. II.

Otro encarguito le tengo á vmd. que hacer, para la *Secretaría del Real Patronato de los Santos Lugares de Jerusalem*; porque, como ya vmd. sabe lo mucho que siempre me he interesado en este asunto, tan útil y tan ventajoso para el público, quisiera que los fondos que están destinados para mantener al Bey de Jerusalem y á sus piadosos turcos, no fueran ahora á malgastarlos en canales ó en plantíos de viñas. Avíseme vmd. de lo que oiga sobre este particular, para remitir un alegato al Gran Señor, pintándole este fraude, y con eso puede que se determine á enviar en nuestro socorro algun ejército de genizaros, que con ellos y algunos religiosos de por acá, podrémos hacer un esfuerzo contra los enemigos nuestros y de su gobierno. Escriba vmd. á menudo, y haga el mismo juramento que hemos hecho los arriba nombrados, y es, que más que se hunda el mundo y más que todo se lo lleve la trampa, nosotros y vmd. hemos de ser primero moros que liberales. Queda suyo afectísimo de circunstancias—SERVANDO MAZCULLA.

CARTA III.

DEL POBRECITO HOLGAZAN Á DON SERVANDO MAZCULLA.

Buena la hemos hecho, señor don Servando: ya podemos preparar nuestros oídos á los gritos y risotadas de todos cuantos nos conocen. ¿Sabe vmd. lo que me ha pasado? Pues oiga el chasco que nos sucede, y prevéngase de conformidad y paciencia para muchos dias. Ha de saber vmd. que entre mis pesares y miserias, no es la menor el tener un hijito bastante tonto, y que por esta sola razon es el ojo derecho de su madre. Ya ha cumplido los doce años, y todavia no se le ha podido meter en la cabeza el principio de la cartilla, ni mucho ménos cosa que huela á doctrina cristiana. Nos pierde el respeto á cada instante, y cuando me pongo á reprenderle se arma una pelotera con su madre, que al fin y al cabo tengo que callar.

Pues señor, este angelito, sin saber cómo ni cuándo, ha cogido de encima de mi mesa la carta que recibí de vmd. y el borrador de la que yo le dirigí dias pasados. No hay duda en que las tiró por la ventana, ó de cualquier otro modo las hizo venir á manos de algun galopo redomado; lo cierto es que sin más ni más están ya impresas en letra de molde, y que se venden en una librería, y que los ciegos andan por esas calles publicándolas á grito pelado. No contento con eso el tal galopo, las ha puesto el título de *Lamentos políticos*, y sea por esto, ó porque hacen reir á nuestra costa, lo cierto es que todo el mundo las compra, y que andan de mano en mano como peso duro roñoso. Yo, por mi desgracia, pasé por la Puerta del Sol, y vi que todos me miraban con ahinco y como si quisieran reconocermé. Íbame, pues, escurriendo más que de prisa, cuando uno de los muchos que estaban con el papel en la mano empieza á gritar á sus amigos, diciéndoles: *Él es, no hay que dudarlo, ahí lleva todavia la señal*